

## *Guillermo Furlong: el fulgor de los archivos y bibliotecas*

Es el año 1905, y es en Aragón, en el antiguo monasterio de Veruela, donde el novicio Guillermo llega desde Córdoba para iniciar los estudios de humanidades. Años antes, dos sacerdotes, el padre John Sheehy y el jesuita Hurley, habían encendido en aquel niño santafecino de padres irlandeses el fuego del catolicismo. Ahora está allí con su irlandés de origen (único idioma que habló hasta los trece años) envuelto de hispanidad, con la juventud protegida por la Compañía de Jesús y por las sierras de Moncayo. La estancia de cuatro años lo acercó al hálito romántico que los hermanos Bécquer perpetuaron en ese lugar de ensueño; pero fue muy cerca, en Tortosa, donde Guillermo Furlong vislumbró el resplandor que lo convocó toda su vida: biblioteca – archivo – historiador, he ahí la trilogía que se abrió para Furlong en la Colegiata de Tortosa de la mano de otro sacerdote, Ramón O’Callaghan y Forcadell, un erudito canónigo de exquisitos conocimientos paleográficos, quien había sido director del archivo capitular, archivero municipal y cronista de Tortosa; amante de libros, documentos, bibliotecas y escritor. Dejó impreso su libro *Los códices de la catedral de Tortosa* (1897), y dejó impreso, además, en el alma del joven Guillermo de veinte años, una pasión y un gesto: la pasión por el estudio minucioso de documentos antiguos para narrar la historia, y el gesto de la catolicidad hispánica sembrada en la espiritualidad occidental. Cuando en el año 1911 el padre O’Callaghan fallezca, Furlong ya se encuentra en Estados Unidos para comenzar sus estudios de filosofía, y para dar cauce a ese ahínco que, en solo dos años (1909-1910), el anciano sacerdote Ramón O’Callaghan había logrado sembrar en la sangre joven: el amor por las bibliotecas hispanoamericanas. En efecto, además de cumplir con sus estudios en el Woodstock College, Guillermo vivirá sus horas de “descanso” en la Library of Congress de Washington, en la Peabody Library, en la Enoch Pratt de Baltimore, en la New York Public Library o en la Hispanic Society Library de Nueva York. Bibliotecas y más bibliotecas.

En el año 1913 concluye su doctorado de Filosofía en la Georgetown University de Washington y regresa a Buenos Aires, donde ejercerá como profesor de lenguas clásicas en el Seminario de Devoto. La semilla que había sido plantada en tierras españolas es abonada ahora en Argentina por el historiador español Vicente Gambón, S. J., y por Enrique Peña (sucesor de Bartolomé Mitre en la presidencia de la Junta de Historia y Numismática Americana), quien le ofrece la consulta de su privilegiada biblioteca, lo impulsa decididamente hacia la investigación histórica y le aconseja: “No lea libro alguno de historia, pero vaya y trabaje en los archivos”. Entonces vuelve a nadar en sus aguas, e investiga en el Archivo General de la Nación, donde conocerá a historiadores y archiveros criollos: José Juan Biedma, Ernesto Nelson, Ricardo Rojas y Rómulo Naón.

Desde 1915 y durante cuatro años ejercerá la docencia en el Colegio del Salvador, asumiendo las clases de Historia Argentina y de Inglés hasta que, en 1920, viaja nuevamente a España para iniciar sus estudios teológicos en el Colegio Máximo de Sarriá. El canto de los archivos lo sigue seduciendo y hasta 1925 pasará los veranos en archivos de Francia, Inglaterra, Bélgica, Holanda, Alemania, Suiza. En el Archivo General de Indias de Sevilla conoce al eminente historiador argentino José Torre Revello y al padre Pablo Castells, S. J., quien había conformado un equipo de amanuenses destinado a recopilar las fuentes de Nueva España en el vasto archivo sevillano, con el fin de reconstruir el pasado ignaciano en México. Bibliotecas, bibliotecas, archivos, bibliotecas y más archivos.

Entre 1926 y 1929 será profesor de Literatura Castellana, Apologética, Historia Argentina, Instrucción Cívica e Inglés en el Colegio del Salvador de Buenos Aires.

La publicación de su primer libro de temas históricos *Glorias santafesinas* (1929) da inicio a su feraz producción bibliográfica cosechada en libros, opúsculos, artículos, comentarios y varios, varios etcéteras. Las prácticas escriturarias de Furlong de utilizar diversos seudónimos<sup>17</sup> (cerca de cuarenta y ocho), o de hacer circular sus trabajos bajo el anonimato, vuelven imposible concluir con precisión sobre el número de documentos originados por su pluma. Este intelectual infatigable declaró en 1969:

Desde hace unos treinta años no ceno; me acuesto a las ocho de la noche, levantándome a las dos y media o tres de la mañana; digo misa a las seis y trabajo hasta las 12 y media, y por la tarde desde las 14 a 20. Trabajo de doce a catorce horas diarias. Al Archivo General de la Nación comencé a ir en 1913, y sigo yendo, por las tardes. (Brete autobiográfico, 1999, p. 17)

Los resultados de esta riqueza investigativa, fruto de horas al cobijo de los archivos, fue evaluada por el mismo autor:

...es posible que **'Nacimiento y desarrollo de la Filosofía en el Río de la Plata'**, con anterioridad a 1810, sea el de mi predilección. A lo menos fue el más original, ya que el 90 por ciento fue extraído de los archivos. Después pondría **'Misiones y sus pueblos de Guaraníes'**, que comencé a escribir en 1915 y se publicó en 1962. En tercer término, colocaría **'Historia y Bibliografía de las primeras imprentas argentinas'**, de la que van ya publicados tres tomos y está el cuarto en prensa y el quinto y último, está ya listo para imprimirse. Hay un libro pequeño, con el que mucho simpatizo, y es el referente a la **'tradicción religiosa de la Escuela Argentina'**. Hace pocos días recibí

<sup>17</sup> Sobre este tema seguimos a Tesler, M. (1994).

el tomo segundo de la ‘**Historia social y cultural de los pueblos del Río de la Plata, entre 1536 y 1810**’, y aunque no es sino un resumen de cuanto he escrito sobre estos temas, la obra ha sido editada con una perfección y esplendidez tipográfica tan extraordinarias, que confiesa haber curioseado y admirado la abundancia, la novedad y la excelencia de tantas ilustraciones, reproducciones en impecable offset. (Dialogando..., 1969, p. 11-12)

Llama la atención que, por su vocación intelectual y por formación, no haya cuidado su propio archivo. Al respecto:

Contestaba siempre puntualmente todas las [cartas] que recibía, brindando consejos, sugerencias, orientación e información sobre los temas más variados. Lamentablemente, sólo Dios conoce los méritos y la indudable trascendencia de esta forma de ayuda al prójimo, ya que el padre Furlong, una vez contestadas, tiraba todas las cartas al cesto. Este proceder, sospechamos, se debía a que la mayoría contenían frases de elogio o reconocimiento a su persona. (Geoghegan, 1979, p. 41)

Sumada a la sin duda certera apreciación de Geoghegan sobre este accionar, entendemos que la intensa vida epistolar de Guillermo Furlong debió articularse no solo con sus cuantiosas horas de estudio tenaz, sino también con su decidida participación en el desarrollo y la vida cultural argentina: fundó con el Dr. Miguel J. Petty el Consorcio de Médicos Católicos de la República Argentina (1929); colaboró con el Dr. Atilio Dell’Oro Maini en la fundación del Ateneo de la Juventud (1930); durante once años fue capellán católico del Hospital Británico (1935-1946); participó del II Congreso Internacional de Historia de América (1937); fue designado miembro de número de la Academia Nacional de la Historia de América (1939); dirigió la revista *El Salvador* (1939-1940 y 1944-1954?); fue asesor general de la Juventud de la Asociación Católica Argentina (1940); promovió y participó de la fundación de la Junta de Historia Eclesiástica Argentina (1942); dirigió la revista *Archivum* (1959-1974) y la revista *Estudios* (1947-1952); participó de la fundación de la Academia Nacional de Geografía (1956), de la que fue presidente en 1957, 1962 y 1974; también en esos años dirigió la revista *Anales*; fue miembro titular en el Instituto de Cultura Hispánica (1970).

El tiempo silencioso e indeclinable fue dejando muy lejos los laboriosos días en los que el irlandés James Furlong y su esposa galesa Anne Cardiff llegaban a la Argentina para trabajar las tierras de una chacra en Arroyo Seco. No podemos saber cuáles fueron las palabras que esa pareja de inmigrantes dedicó durante la crianza de sus once hijos. Pero conocemos con certeza que uno de ellos, Guillermo, abrevó también en ese origen un inagotable amor al trabajo, el ascetismo y la esperanza incondicional en los frutos del esfuerzo. Esos fueron los maderos que parecen seguir acunando su imagen final: allí vemos, en la modesta habita-

ción no. 13, provista de una cama sencilla y dos sillas, a un historiador apasionado por archivos y bibliotecas; está con su lupa y lee todo tipo de documentos, libros, mapas, papeles, manuscritos, cartas, trabajos de alumnos que se despliegan sobre su escritorio.

Una habitación austera para el “obrero de la historia” que, el 20 de mayo de 1974, ya no lo vio regresar.

### *Referencias*

*Brete autobiográfico* (1999). Boletín de la Sociedad de Estudios Bibliográficos Argentinos. pp. 17-26. (Reimpreso de *El padre Furlong, proletario de la cultura*, por J. Larroca, 1969, Buenos Aires: Retorno).

Dialogando con un joven de 80 años: Guillermo Furlong. (1969). *Estudios*, 603, 10-13.

Geoghegan, A.R. (1979). Apuntes para una biografía de Guillermo Furlong. *Archivum*, 13, 31-41.

Tesler, M. (1994). *La obra oculta del padre Guillermo Furlong*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas.